entera libertad de atravesar mares, montañas y desiertos, y llevar la civilizacion á los climas más distantes y apartados del globo. Y esto lo decimos con toda la energía de nuestra alma, con toda la fuerza de la conviccion, para que nuestros adversarios tomen de ello el acta que gusten, previniéndoles que nos encontramos dispuestos á contestar á cualquier objecion que se les ocurra, como los que estamos convencidos que defendemos y sostenemos la verdad y la Iglesia, contra cuya fuerza se estrellan la mentira, la calumnia, el sarcasmo y el error; pues dijo de ella Jesucristo que las puertas del infierno no prevalecerian contra ella.

CAPITULO III.

IMPULSO DADO POR EL CLERO Á LA LITERATURA.

El estado intelectual del mundo habia perdido mucho de su brillo en los últimos años del imperio romano: el águila del saber habia abatido sus alas, y las ciencias y las letras se arrastraban lánguidamente hácia un abismo donde hubieran sucumbido sin el auxilio de una mano fuerte, sin un poder enérgico que las sostuviera. Necesitaban de poderosos auxiliares, de fuerzas grandes, de talentos sublimes, de almas no gastadas en el vicio y la corrupcion que todo lo envolvia, y muy lejos de encontrar estos elementos, encontraron una invasion, una guerra de esterminio, un huracan que todo lo envolvia, un torrente que todo lo arruinaba.... la incursion de los bárbaros. Bien

pudiéramos al contemplar su estado decadente, y los nuevos enemigos que la combaten, presagiar la ruina de las ciencias, la literatura y las artes; pero habia en el corazon de la sociedad un principio vital, nna fuerza espiritual capaz de sobreponerse á todo, y este principio, esta fuerza, este elemento invencible, era la Iglesia. Habia en la sociedad almas que el vicio no habia contaminado, ni enervado los placeres; espíritus fuertes que todo lo vencen y dominan, y que al mismo tiempo que salvaron las instituciones y la humanidad, y las mejoraron, salvaran y mejoraran las ciencias, la literatura y las artes; y estos eran los sacerdotes y los monjes, los obispos y los pontífices.

A pesar de esto no podemos menos de manifestar, que en el primer movimiento el triunfo fué de la barbarie, ¿y cómo no? ¿Qué podia oponer á las espadas y á los carros de los bárbaros, el clero regular y secular capaz de contener instantáneamente su ímpetu? Nada; pero como el diestro arquitecto, se armó de paciencia, esperando en el tiempo y la prudencia su triunfo, y la prudencia y el tiempo se le dieron, y tal cual nos lo demuestra el estado en que hoy se ven los entonces tan combatidos elementos de civilizacion.

La literatura tocaba á su fin, y apenas se encuentran en los últimos años del imperio cosa alguna que revele la magia de que la adornaron los

poetas griegos y latinos de la antigüedad. Las ciencias y las artes estaban estacionadas, porque su movimiento y su vida debian recibirlos del cristianismo; y en prueba de lo que dejamos referido diremos: que la literatura griega, mucho mas rica y original que la latina, yacia decaida é impotente en mortal languidez, mientras que la latina se asemejaba á un árbol medio seco que esperaba el rocío para cobrar vigor y lozanía; y lo esperaban, porque en esta parte el cristianismo estaba mas arraigado: sin embargo, para hacer una reseña cumplida que nos sirva de premisas para las consecuencias que habremos de sacar, cumple á nuestro propósito tomar las cosas desde muy atras y presentar el cuadro de la literatura y las ciencias entre los griegos y entre los latinos que eran las dos nacionalidades que se disputaban el dominio intelectual del mundo.

Empecemos por Grecia. Poseidos siempre los retóricos y filósofos de Atenas de una gran veneracion respecto á la doctrina y literatura antigua, perseveraban en el designio de trastornar la religion, para lo cual pensaron valerse de la juventud como el mejor elemento que al efecto podian emplear; era apoderarse de la educacion; aquí dirigieron sus esfuerzos sin considerar que sin religion no hay educacion posible, ni felicidad para los Estados. Así lo conoció Justiniano, y para cortar el mal suprimió el salario de los profesores

y cerró sus cátedras, por lo cual tuvieron que refugiarse en Persia, cuyo soberano no les prestó apoyo alguno, y entonces se esparcieron por las provincias, y allí exhalaron sus quejas y vertieron sus imprecaciones sobre una religion demasiado fuerte ya para temerlos. Sin embargo, de aquí surgieron las controversias, y de ellas el estudio de la dialéctica de Aristóteles, de donde resultó el sistema peripatético; pero en todo esto marcharon al frente los sacerdotes, bastando solo para probar el grande impulso que dieron á las ciencias los nombres de Hierocles, su discípulo Eneas de Gaza, Temiscio, Ammonio de Herenías y su hermano Heliodoro, y sobre todos Simplicio de Cilicia, el mas claro y docto de los comentadores de Aristóteles.

La elocuencia no estaba mejor parada, y S. Pedro de Rávena, sobrenombrado el Crisólogo, arzobispo de la referida ciudad, se encargó de elevarla, así como S. Juan Climaco el estilo epistolar. La poesía debe su incremento á Paulo Silenciario de Justiniano, á Jorge de Pisidia y á Cristóbal. En gramática fué célebre Prisciano de Cesarea y Focas de Constantinopla. La historia se arrastraba en decadencia, y ni Agatias de Mirina, ni Menandro de Constantinopla, ni Teofilacto, ni Lido, ni Juan Zonaras la prestan brillo alguno, y el primero que la da esplendor y la saca de tan mal sendero es el monje Nicéforo Gregoras, y el clérigo Jorge Sincelo da brillo á la cronografia. Tal era el estado de las ciencias y de la literatura entre el pueblo que fué su cuna, y tales fueron los hombres que se propusieron mejorarle. Desde luego advertimos para que no se olvide, que en Grecia el clero fué el que la llevó á su camino verdadero, apartándolas del sendero estraviado á que las habian conducido los debates, las circunstancias y los vicios del siglo. Igual veremos sucedió con la latina de que vamos á ocuparnos.

La misma suerte corrian entre los latinos las ciencias, la literatura y las artes; en decadencia como en Oriente, los bárbaros no hicieron mas que precipitar su ruina; sin embargo, el fenómeno mas importante en los fastos de la historia del saber humano que tuvo lugar en este tiempo es la trasformacion de la lengua latina, que aun se empleaba en todos los escritos, en los idiomas modernos. El lenguaje es el espejo fiel del genio de los pueblos, la espresion de su carácter, la revelacion de su vida íntima. Entre los antiguos, uno de los mejores elementos del patriotismo era el amor al idioma; griegos, cartagineses y romanos abundaban en las mismas ideas, testigos Plutarco, Justino y Dion Casio, y por esta razon imponian á los vencidos la obligacion de hablar el idioma del vencedor; pero llegó un dia en que los bárbaros traspasaron las fronteras, se establecieron en Europa, y si bien adoptaron la lengua de

los vencidos, tambien es cierto que conservaron la suya y aspiraron á que se adoptase.

Roma, la señora del mundo, tenia entonces por ciudadanos los bárbaros, y todo debia resentirse de este principio; así es que aquí empieza la edad llamada de hierro, y los escritores de aquel tiempo nos han legado deplorables y tristes monumentos de ella. La adulacion encontró las espresiones enfáticas que lisonjeaban á los corrompidos monarcas y aquella serie de condes, patricios, señores, &c., que eran otros tantos pequeños soberanos que aumentaban su orgullo á costa de los emperadores que se contentaban solo con adornar sus nombres de pomposas calificaciones. Con este motivo se introdujeron muchas espresiones bárbaras en el lenguaje, y así empezó el dominio de las lenguas modernas sobre las antiguas; lo que mas ayudó á esta trasformacion fué el cristianismo. Los Padres tenian necesidad de hacerse entender de los mas, y por lo mismo tenian que descender al vulgo, hablar su lengua para comunicarle en un idioma que entendiera, palabras de vida y esperanza; por esto S. Agustin dice que Dios entiende lo mismo al culto que al idiota; y S. Gerónimo asegura que quiere mejor emplear el idioma vulgar para mayor comodidad de sus lectores [1].

1 Epíst. ad Fabiol.

Es pues, evidente, que tanto en Oriente como en Occidente solo la literatura cristiana podia vivificar la pagana, y la musa del Calvario reanimar á la del Pindo; y efectivamente, ella sola podia restituir á la lengua latina algo de oriental y popular á la vez, devolviéndola su antiguo vigor y originalidad. La traduccion de la Biblia desterró las formas convencionales, reproduciendo la manera usual de hablar como se ve por su estilo simple y su ingenua espresion. Muchos claman contra esto y lo tienen por una falta; estos lo hacen por acusar al clero y poner de relieve su ignorancia; nosotros debiéramos despreciarlos como á unos hombres que sentencian, no segun lo que es en sí, y solo con arreglo á su fantasía; pero les debemos contestar porque no atribuyan nuestro silencio á ignorancia, y nos le motejen de barbarismo. Lacónicos seremos, no obstante, y muy parcos en nuestra respuesta. La version llamada *Itálica* tiene su fecha de la época mas floreciente de la lengua latina, y está hecha por los maestros que entonces florecian en pureza y elegancia; y no es posible leer sin un profundo respeto esta obra, que nos revela en todas sus partes que el idioma del Lacio adquiere en los salmos un vigor desusado, y lo mismo en los demas libros santos, y en todos ellos se encuentra auxiliada la sublimidad de los pensamientos por la noble elevacion del lenguaje sacerdotal. En él se distinguirá una

armonía diferente de la que se busca por los prosistas en la redondez de los periodos, y de la que emplean los poetas en la imitacion de los ritmos griegos, pero que aun así es preferido por los maestros á la lengua mas pura latina.

Esta restauracion de la lengua plebeya, esta vuelta hácia el Oriente, de donde era oriunda, hubiera podido rejuvenecer la lengua latina, introduciendo en ella el vigor inspirado de las hermosas lenguas arameas y la simple construccion de la griega. Así, pues, vemos que la lengua latina es la misma con la modificacion que en ella introdujeron los pueblos que vinieron á habitar sus comarcas; y así vemos que los documentos escritos de esta época guardan en su redaccion esa mezclatura de los dos idiomas, como puede conocerse sin más que la simple lectura del acta escrita en papiro en Rávena el año 38 del reinado de Justiniano [1], y asimismo en todos los códigos bárbaros y en todas las historias; puesto que tanto los jurisconsultos, como los historiadores, no podian prescindir de usar locuciones populares, por más que sus obras estén todas escritas en latin, siempre es ya el latin que caminaba, por medio de estas espresiones, que se introducian en él por el uso y

1 Pueden consultarse á Terrasson: Hist. de la Jurisprudencia romana. Mendet: Hist. de la lengua romana; y Mabillon, de la diplomacia.

la necesidad á las lenguas modernas, en las que un dia debia refundirse; y es esto tanto más cierto, cuanto que no se puede prescindir de dar á las letras el sonido que nos enseñaron á darles en la infancia; y así vemos que una misma palabra escrita con las mismas letras, se pronuncia de diferente modo por un inglés que por un español.

En esta situacion la literatura se estinguió enteramente en la parte profana, y no sucedió lo mismo en la religiosa, porque el clero supo conservarla y fué el único que se dedicó á estudiar y á escribir, y estudiando y escribiendo salvó los restos del saber: todo cuanto subsistió en el cataclismo europeo en el campo de la inteligencia, debe su vida al clero, que fué el solo que cultivó ciencias, literatura y artes, y por lo mismo vamos á ocuparnos de sus trabajos sobre estas materias y á presentar hechos que desmientan la acusacion que se le lanza de *enemigo del saber;* pero antes de entrar en materia, preciso será advertir que el clero tuvo que sacarlas de la nada á que quedaron reducidas; y por lo mismo que no esperen nuestros lectores ver resucitados en sus plumas aquellos genios que las enaltecieron, ni ver salir de los monasterios y las iglesias obras perfectas y consumadas; mas en cambio los verán poco á poco irse elevando á su perfeccion y llevarlas á su apogeo.

Propuesta la Iglesia á enseñar al hombre, y

siendo uno de los cargos principales de sus sacerdotes el magisterio, lloraba y lamentaba el modo cómo la ignorancia habia estendido sus tinieblas por la Europa, y desde entonces se propuso vencerlas en cumplimiento de su deber y en desempeño de su mision. Para esto tuvo que establecer escuelas en todas partes, cerca de los capitolios, en los conventos, en los campos, donde nunca se habia pensado llevar la educacion hasta entonces, concerniendo las instituciones de los antiguos únicamente á las grandes ciudades. No se conocia entonces la imprenta; y como son necesarios libros para estudiar y para aprender, la Iglesia proveyó á este mal dedicándose los monjes á copiar, y merced á este trabajo tenemos la satisfaccion de conocer muchas de las obras de los clásicos que, con una constancia y laboriosidad imponderable, nos trasmitieron esos *monjes holgazanes* y *esos clérigos ignorantes.*

Las escuelas eran un escelente plantel de buenos sacerdotes para las predicaciones y para las misiones; pero al mismo tiempo que en ellas se les instruia en las ciencias divinas, no se olvidaban las humanas que les era necesario saber para ejercer su ministerio con provecho de las almas; así fué, que les enseñaban letras griegas, latinas y orientales, y merced á esta instruccion podian hablar á los pueblos donde los llevaba la obediencia, podian conocer sus costumbres, imponerse en la

legislacion é inocular una en otra civilizacion; merced á estos estudios pudieron imponerse en todo cuanto debia saberse acerca de aquellos paises y trasmitirlo á la Europa; merced á aquella instruccion nos escribieron viajes, disertaron en las historias, raciocinaron y pusieron unos pueblos con otros en comunicacion, enriqueciendo las ciencias y las artes con nuevos elementos de prosperidad.

Cuando los profesores dejaron de percibir su asignacion, todas las escuelas se cerraron menos las cristianas; y aunque las episcopales y parroquiales decayeron algun tanto por causas puramente naturales y efecto de las circunstancias de los tiempos enteramente independientes de la voluntad del clero, los conventos continuaron la tarea de la instruccion primaria y de los estudios elevados con el mayor empeño, y la ciencia, como la virtud, vino de este modo á buscar un asilo bajo el mismo techo, en aquellos claustros que un dia habian de llamarse asilos de la estupidez y de la maldad, de la ignorancia y del vicio; y fué tanto lo que en ellos se cultivaron las ciencias, que en sus recintos, y por sus hombres, tuvo principio y nacimiento la nueva filosofia, harto infamada por espíritus preocupados bajo el nombre de *escolástica.* Hay más: apenas se encuentra una universidad en Europa, una escuela, un colegio, un instituto de enseñanza que no deba su fundacion

á un sacerdote, á un monje, á un obispo, ó que no haya sido sugerida por ellos á los fundadores; de modo que nuestros ilustrados de hoy nada hubieran sido, nada hubieran sabido, si ayer el clero *egoista*, fanático y estúpido, no les hubiera dejado establecimientos donde aprender. ¡Y le insultan! Ellos, que acumulan riquezas para vicios. ¡Y le motejan! Ellos, que no dejan á la posteridad mas que ruinas. ¡Y le acusan y escarnecen! Ellos, que soñando en su comodidad y en su avaricia, no tienen más Dios que su vientre, más apego que á su tesoro. ¡Ah! que respondan si son ellos ó nosotros los egoistas, los estúpidos, los malvados. Dejamos á su conciencia la respuesta, mientras al lado de los hechos continuamos esponiendo los preceptos con que la Iglesia ha ordenado al clero enseñar á los hombres y destruir la ignorancia y el error.

En primer lugar, Jesucristo dijo á sus apóstoles, y en ellos á los sacerdotes: "Enseñad á todas las gentes;" y partiendo de este principio divino, la Iglesia no podia separarse de lo que su divino Fundador ordenara y estableció como una obra de misericordia enseñar al que no sabe. Maestra de la verdad, tenia un deber de estenderla y defenderla contra el error, y para propagar y defender una doctrina, es absolutamente indispensable aprender, estudiar é instruirse, pues de otro modo no se puede entrar en el campo de la discusion, puesto que las armas son las razones y el

palenque el pensamiento: conociéndolo así la Iglesia, muy desde el principio se ocupó de este trabajo y tuvo sus sacerdotes obligados á la instruccion de sus hijos; así lo consignó en los cánones de sus concilios, y éste fué y ha sido siempre el objeto de sus desvelos: en prueba de lo que acabamos de decir, vamos á copiar algunas determinaciones de estas asambleas admirables. Un concilio celebrado en 529 ordenó á los párrocos, "que tuvieran en sus casas jóvenes á quienes educar en los estudios convenientes para el servicio de la Iglesia, segun el saludable uso seguido en toda Italia." Nuestros concilios españoles están sobre este particular tan esplícitos, que uno [1] previene que se eduquen en la casa de la Iglesia á presencia del obispo los niños que ofrecen sus padres para ser clérigos: otro [2] manda que los obispos en la santa visita examinen los clérigos é instruyan á los pueblos. Otro [3] prohibe elevar al sacerdocio á los que son ignorantes [4], y que se apliquen los clérigos al estudio, escritura santa y cánones, porque la ignorancia es madre de todos los errores [5]. Otro manda que las iglesias cuiden de la educacion de los hijos de sus libertos, y todos encargan que se

1 Cánon 1 del concilio toledano de 527.
2 Id. 1 del concilio 2.º de Braga.
3 Id. 19 del 4.º concilio de Toledo.
4 Id. cánon 25.
5 Id. 10 del 6.º concilio de Toledo.